

SEBASTIÁN PICKER, MARÍA GABLER Y UN BALANCE

Al final de temporada

WALDEMAR SOMMER

Una galería auspiciosa y recién inaugurada se oculta en el subsuelo de un pequeño centro comercial, en plena avenida Los Trapenses. Asimismo su nombre, Galería Entransito, resulta particular. Se inaugura con un desconocido para nosotros, Sebastián Picker (1956). Sus catorce óleos sobre tela en formato medio, sus seis en formato menor y otro de proporciones distintas se hallan bien dispuestos dentro de la adecuada sala, cuya techumbre irregular comunica dinamismo al conjunto. Peculiares figuras humanas con vestuario muy simple y cotidiano protagonizan cada cuadro. Junto a un cromatismo bien resuelto, poseen ellas una suave corporeidad, reflejada con finura sobre los fondos vacíos. Ya se muestran solitarias, ya en dúo, ya una vez en grupo, tratando de elevarse como pirámide.

VIDA EN SERIE

Sebastián Picker y el hombre como marioneta de sus circunstancias
Lugar: Galería Entransito
Fecha: hasta el 15 de febrero

LA VENTANA

Instalación arquitectónica de María Gabler
Lugar: Galería Gabriela Mistral
Fecha: hasta el 4 de marzo

Y siempre en actitudes móviles. Tales personajes, además, nos parecen antes que robots, marionetas, títeres aprisionados por sus circunstancias, representadas estas por hilos o franjas delgadas, todos siempre rectilíneos. Por momentos, se vuelven visibles los cuadrados o rectángulos planos desde donde cuelgan. Si en una ocasión el personaje atraviesa una superficie de ángulos rectos –pintura Umbral y la hermosura de su rosado vibrante–, otras dos veces adopta la figura del muñeco desmembrado –en pinturas Cortar y pegar, Cabeza de globo– un claro aire surrealista, mientras sus volúmenes traen un asomo cubista.

Junto a un cromatismo bien resuelto, resulta capital que cada escena emerge inyectada de una ironía muelle, pero no por eso menos intensa y muy propia del hombre de hoy. Respecto al lienzo de dimensiones distintas a las del resto

–Pandemia de información–, no puede negarse en él la influencia de Ricardo Yrarrázaval, aunque esto no le resta al cuadro su vigor formal indudable.

Ganadora reciente de la última versión de la Beca Arte CCU, es la expositora de la Galería Gabriela Mistral. En ella nos propone la treintañera María Gabler una instalación de manifiesta condición arquitectónica. Es que busca desarticular el recinto ministerial, al modo de nuestro compatriota internacional Gordon Matta Clark que explora, demuele, reconstruye espacios y estructuras de edificios. En la presente oportunidad, lejos de alcanzar la inventiva, la monumentalidad, la profundidad creativa del artista tempranamente fallecido, la joven autora pareciera tratar de provocar un contrapunto radical entre las dos salas que conforman la galería de Alameda. Así, una aparece blanca, vacía, con su característico e inoportuno bloque central. Contiguo se ubica el ámbito intervenido. Al observarlo desde dicho lugar, se revela muy inadecuado el andamiaje sustentador con sus listones de madera y el revés de



La obra de María Gabler en galería Gabriela Mistral, obliga al espectador a verla desde la vitrina exterior.

los paños negros. Es por eso que Gabler obliga al espectador mirar desde la calle, a través del gran vidrio exterior del local. Si bien la visión allí no resulta fácil, se alcanza a ver un espacio rectangular arquitectónico en ascenso oblicuo, una pizca simplón que culmina en una ancha ventana abierta a un real patio interior arbolado.

De un modo general, podríamos considerar que las dos exhibiciones recién comentadas constituyen el término de la temporada 2021. Con las bien conocidas limitaciones impuestas por la

situación sanitaria en todo el mundo, el año concluido cabe considerarse, sin embargo, sumamente fructuoso respecto a la actividad de las artes visuales. Hubo, pues, junto a autores de reconocido y bien mantenido prestigio muchos nombres nuevos. A través del más sintético de los balances cualitativos, podemos confirmarlo. Entre los primeros artistas hay que destacar, sobre todo, a Felipe Cusicanqui con la hermosura visual y táctil de aquellas quince variaciones suyas, en amarillo y blanco, sobre una única flor. También anotemos la honda penetra-

ción digital dentro del hombre, conseguida por Ricardo Yrarrázaval, o el creativo enfrentamiento entre artificiosidad y naturaleza de Hernán Gana. Agreguemos a Alejandro Quiroga y su ecologismo pictórico, las construcciones luminosas en las dos exhibiciones de Iván Navarro, la pureza formal de Ricardo Maffei, la madera en manos de Osvaldo Peña.

En cuanto a los nombres menos conocidos tuvimos muy positivas sorpresas. Desde luego las respectivas instalaciones de Pedro Tyler y Gonzalo Miralles; muy diferentes entre sí, pero ambas plenas de fuerza creativa. Otro autor flamante resultó Daniel Lagos, cuyos grabados en blanco y negro mostraron un admirable empuje monumental. También sobresalieron María José Mir y Francisca Garriga. La primera con imaginativos bordados; con los desarrollos ópticos de sus habituales mondadientes, la segunda. Sumemos a los anteriores, los jardines artificiales de Gonzalo Pedraza; Rodrigo Galecio, mediante sus atractivas síntesis entre abstracción figuración; la revelación de un pintor ya maduro, Carlos Salazar.